

LA DEVOCIÓN A SANTA MARÍA EN LOS ESCRITOS DE MONSEÑOR ÁLVARO DEL PORTILLO

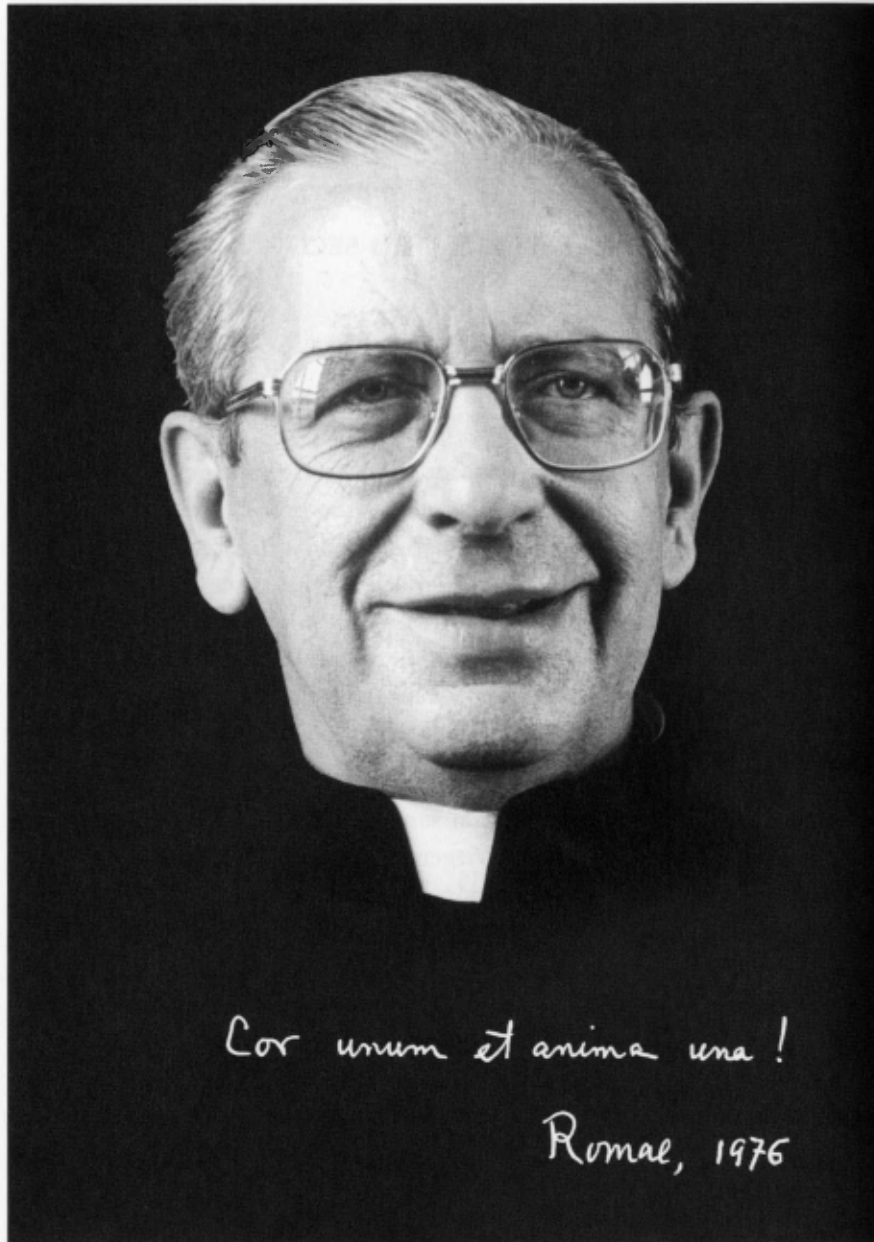
LUCAS F. MATEO-SECO

Monseñor Álvaro del Portillo aconsejaba con frecuencia “meter a la Virgen en todo y para todo”. Era un consejo que brotaba de su propia vida interior, en total sintonía con lo que había vivido a lo largo de tantos años junto al fundador del Opus Dei. “Como es lógico, dice Salvador Bernal intentando describir la piedad mariana de don Álvaro, vivió con especial intensidad el Año Mariano que la Iglesia universal celebró en 1987. Desde que el Santo Padre lo convocó, alentó a los fieles de la Prelatura a prepararse a fondo. De nuevo recomendaba meter a la Virgen en todo y para todo”¹.

Don Álvaro sintetizaba en esta expresión personalísima rasgos fundamentales de la verdadera devoción a santa María. Recomendaba con Ella especialmente, tener presente a la Virgen a lo largo de toda la jornada, y realizar todas las tareas bajo su protección, teniéndola a Ella como modelo. Fiel a este consejo, también él tuvo constantemente presente a santa María en su quehacer pastoral, en sus escritos y en las ocupaciones más corrientes de cada jornada. Buena muestra de ello son, entre otras cosas, cinco *Cartas pastorales* y muchos otros escritos y homilías, dirigidos a los fieles del Opus Dei en su calidad de Prelado, con el objetivo de ayudarles a profundizar en su piedad mariana.

Las cinco *Cartas pastorales* a que me refiero están escritas con motivo de cinco años marianos que convocó durante el ejercicio de su ministerio

1. S. BERNAL, *Recuerdo de Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei*, Madrid 1996, p. 270.



*Monseñor Álvaro del Portillo, Presidente General del Opus Dei.
(Foto Alfa. Archivo Torreciudad).*

pastoral. Las tres primeras Cartas –datadas respectivamente el 9 de enero de 1978, el 2 de febrero de 1979 y el 9 de enero de 1980–, fueron escritas para celebrar con un año mariano aniversarios de especial relevancia en la vida del Opus Dei, y constituyen un tríptico orientado a profundizar en las raíces marianas del espíritu del Opus Dei; la cuarta, fechada el 31 de mayo de 1987, tiene como objeto la celebración de nuevo de un año mariano, en este caso, para sumarse al establecido por el Papa Juan Pablo II para toda la Iglesia con motivo del bimilenario del nacimiento de santa María; la quinta Carta pastoral, datada el 19 de marzo de 1992, tiene como ocasión la beatificación del fundador del Opus Dei.

En estos años de especial acción de gracias por sucesos tan importantes, don Álvaro esperaba que, mediante una mayor unión con santa María, se operase en el alma de cada uno “una renovación en la compunción, en la lucha espiritual y en el apostolado”². En el libro que acabamos de citar, el autor ofrece abundantes detalles sobre el modo en que don Álvaro vivió estos años de especial unión con santa María en un capítulo que lleva el significativo título de “Tiempo mariano”. Efectivamente, si toda la vida de don Álvaro está marcada por el cariño y la devoción a la Madre de Dios, los últimos años de su vida en los que parece que se acelera su paso para el encuentro con Dios, su trato con santa María es tan constante, tan íntimo y tan entrañable que esos años pueden calificarse con toda razón como tiempo mariano, como el período mariano por excelencia en la vida de don Álvaro.

Nuestro estudio quiere ser una sencilla descripción de la importancia que monseñor del Portillo otorga a la devoción mariana como *dimensión esencial* de la piedad cristiana, y los principales rasgos con que la describe. No entraremos, pues, más que incidentalmente en otros aspectos de su pensamiento mariológico, como pueden ser los comentarios a la Vida de la Virgen, llenos de sabiduría y de sencillez, o la precisión con que concibe los dogmas marianos en su relación con la tarea maternal de santa María, tarea que, por voluntad divina, lleva consigo una total implicación en toda la historia de la salvación.

2. S. BERNAL, *Recuerdo de Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei*, op. cit., p. 263. El autor ofrece en estas páginas abundantes detalles sobre el modo en que don Álvaro vivió estos años de especial unión con santa María.

Tomamos como texto base de nuestras consideraciones sobre la devoción a santa María en monseñor Álvaro del Portillo la Carta pastoral escrita el 31 de mayo de 1987, y publicada ese mismo año en *Romana III* (1987) pp. 5-81, remitiendo a los demás textos publicados sólo para poner de relieve la importancia de las afirmaciones contenidas en esta Carta y las razones teológicas en que esas afirmaciones se apoyan.

Conforme se dice en su presentación, la Carta está dirigida “a los fieles de la Prelatura, animándoles a vivir estos meses en plena sintonía con el Sucesor de Pedro y a intensificar el empeño apostólico personal para la reevangelización de la sociedad”³. Cuanto se dice en ella sobre la Madre del Redentor debe situarse, pues, en este contexto.

El Año Mariano, manifestación de la Providencia divina

Como se ha señalado ya, cuando Juan Pablo II publica la Enc. *Redemptoris Mater*, don Álvaro había convocado ya tres Años Marianos. Se comprende, pues, la inmensa alegría que le embarga cuando, en 1987, Juan Pablo II convoca un Año Mariano para celebrar el nacimiento de santa María. Don Álvaro considera esa convocatoria como una muestra tangible de la Providencia divina, y, para secundarla, escribe a su vez una Carta pastoral, lleno de alegría y esperanza.

“La celebración del Año Mariano, dice don Álvaro, constituye una muestra tangible de la Providencia, una señal que el Señor envía a la humanidad, en este momento de su historia”⁴. Todo el contexto de la Carta deja claro que no nos encontramos ante una afirmación hiperbólica, sino ante la sencilla constatación de un hecho realizada por un hombre de fe, que tiene muy presente su responsabilidad de pastor en este momento de la historia. El Año Mariano es un año de gracia especial, un año en el que Dios propone a la humanidad el camino más corto y seguro para llegar a Él.

3. *Carta pastoral*, 31-V-1987, *Romana III* (1987), p. 65.

4. *Ibidem*, n. 3: 66.

En efecto, don Álvaro entiende que, “cuando toda una civilización se tambalea y se debilitan los resortes espirituales y morales de enteros estratos sociales, Dios sale a la búsqueda de los hombres para indicarles el camino que han de seguir. Y lo hace del modo más delicado y afectuoso posible: poniendo delante de nuestros ojos la figura excelsa y amabilísima de Santa María, para que una vez más nos recuerde la necesidad de buscar a Cristo, y nos lleve a imitarle y a amarle, y así alcanzar el único fin de nuestra vida, colocando a Dios en el centro de toda la existencia cotidiana”⁵.

Se trata, pues, de propiciar un movimiento de “retorno” a Dios –una auténtica conversión– que debe alcanzar a amplios sectores de la sociedad. Este movimiento de retorno a Dios tendrá como resultado un gran beneficio, tangible para la humanidad, pues sólo volviendo a Dios “los hombres y las mujeres de nuestro tiempo podremos recuperar el verdadero sentido de la dignidad humana, tan extraviado cuando se persiguen desordenadamente los bienes materiales”⁶.

En esta “conversión” de grandes sectores de la humanidad, el papel de santa María, al igual que en Caná, no es otro que el de orientar a los hombres hacia Cristo y, al realizar este empeño, dada la dimensión materna de su papel en toda la historia de la salvación, hacer amable ese “retorno” al Padre. Por esta razón, la convocatoria del Año Mariano es considerada como un gesto de Dios que sale al encuentro de nuestra civilización “del modo más delicado y afectuoso posible”.

La mediación de Cristo

Este “retorno” es concebido, en su carácter definitivo y último, como una vuelta a Dios, el cual es Trinidad de Personas. La Virgen, prosigue don Álvaro, es “el camino más rápido y seguro para llegar a Cristo, único Mediador entre los hombres y Dios y, por Él, al Padre en el Espíritu Santo. María nos introduce –porque así lo ha querido Dios– en el seno de la adorable Trinidad, término de nuestra vida”⁷.

5. *Ibidem*.

6. *Ibidem*.

7. *Ibidem*, n. 5: 67.

No es casual la elección de la frase “único Mediador entre Dios y los hombres” en el texto que estamos analizando: don Álvaro quiere subrayar aquí no sólo que Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres, afirmación que pertenece a la fe (cfr. 1 *Tim* 2, 5), sino que también quiere poner de relieve la dimensión maternalmente cristocéntrica de la cooperación de santa María a la obra de la salvación. Se trata de una cooperación hecha a través de la maternidad divina y en el mismo ejercicio de esa maternidad, la cual se encuentra inserta en la única mediación de Cristo⁸.

A su vez, esta maternidad es toda la razón del ser y del existir de santa María; ésta es la razón también de su total santidad. Pensando precisamente en la *Panagía*, la *toda santa*, añade don Álvaro: “Por esta razón, para que fuera digna de llegar a ser la Madre de Dios, María fue concebida sin mancha de pecado original, preservada inmune de cualquier culpa personal, por leve que pudiera parecer, y enriquecida con toda clase de dones y gracias por el Espíritu Santo”⁹.

La total santidad de la Virgen es presentada en este párrafo en las diversas explicitaciones que ha hecho de ella la historia teológica: Inmaculada Concepción, es decir, la ausencia de pecado original; la inmunidad de toda mancha de pecado, incluso el más leve pecado venial; la plenitud de la gracia y dones del Espíritu Santo. La santidad de la Virgen comprende todas estas facetas.

La perspectiva en que don Álvaro contempla esta santidad es la propia de quien tiene en primer plano las necesidades que comporta la nueva evangelización: de ahí que la presente en ese horizonte grandioso del linaje de la mujer pisando la cabeza de la serpiente (cfr. *Gen* 3, 15). Don Álvaro, que, como es lógico, tiene ante los ojos la Encíclica *Redemptoris Mater* y los objetivos allí señalados para el Año Mariano, hace hincapié en la santidad de María y en el poder regenerador de su Estirpe, es decir, de Cristo y de los cristianos.

8. Se trata de un pensamiento muy presente en la enseñanza de Juan Pablo II: “La mediación de María está íntimamente unida a su maternidad y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso, y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo la suya una mediación participada” (JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 38). Para una explicación de cómo entender la participación de la Virgen en la única mediación de Cristo, cfr. F. OCÁRIZ, “María y la Eucaristía”, *Scripta de Maria*, serie II, 1 (2004), pp. 39-43.

9. *Carta pastoral*, op. cit., n. 5: 67.

El tono es de una firme esperanza en la capacidad de vencer el mal. Se trata, en efecto, de una cálida exhortación a vivir el Año Mariano en una mayor unión con santa María para avanzar en la “recristianización” de la sociedad. Ella es la estrella de la nueva evangelización precisamente en el ejercicio de su mediación materna. Y a esta mediación invocamos para que guíe y haga fecunda la nueva evangelización.

No se detiene don Álvaro a hablar sobre la naturaleza de la mediación de santa María. Sin embargo esta mediación, inserta en la mediación del único Mediador, está constantemente presente en todos sus escritos y es la razón de fondo de su exhortación a ser “muy marianos”. En efecto, el singular papel de santa María en la obra de Cristo, bien sea considerada en el nivel de la piedad personal, o en el grandioso conjunto de toda la historia de la salvación, es la razón de que la vida cristiana incluya como característica inseparable una particular relación a la Madre del Redentor, ya que Ella está unida a Cristo en toda su misión de Redentor¹⁰.

Se trata de un oficio materno que santa María desarrolla en primer lugar y en forma única con respecto al Redentor al engendrarle y acompañarle durante toda su vida, especialmente en la Cruz; en segundo lugar e inseparablemente, se trata de un oficio materno con respecto a la Iglesia y a cada uno de nosotros, que la Madre del Redentor ejerce a lo largo de la historia. El oficio maternal de Santa María es, por esto, esencial en la vida cristiana. “Las palabras del Señor agonizante en la Cruz nos descubren una dimensión esencial de la vida cristiana: “ahí tienes a tu Madre” (Iob 19, 27). Es, con expresión de Juan Pablo II, “la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo; no sólo de Juan, que en aquel instante se encontraba a los pies de la Cruz en compañía de la Madre de su Maestro, sino de todo discípulo de Cristo, de todo cristiano” (Enc. *Redemptoris Mater*, n. 45)”¹¹.

10. Como escribe monseñor Ocariz, “Y es esta plenitud de unión escatológica, exclusiva de la llena de gracia, la raíz de la distinción entre la participación de María en la capitalidad de Cristo y aquella mística relación de comunión espiritual entre todos que es la comunión de los santos” (F. OCÁRIZ, *Naturaleza, gracia y gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, p. 154).

11. Á. DEL PORTILLO, “Sacerdotes para una nueva evangelización”, en L. F. MATEO-SECO (ed.), *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, Pamplona 1990, p. 997.

No es don Álvaro amigo de exageraciones e hipérbolos. La sencillez de su lenguaje se encuentra bien lejos de toda formulación retórica. De ahí que su afirmación de que las palabras del Señor en la Cruz “nos descubren una dimensión esencial de la vida cristiana” han de tomarse en toda su radicalidad. Por voluntad de Dios, la vida cristiana –como la misma vida de Jesús– tiene una esencial dimensión mariana, que proviene precisamente de su relación a la Madre.

Nuestra Madre

El oficio maternal que Santa María ejerce, aunque, como es obvio, en forma diversa sobre Cristo y sobre nosotros, nos lleva a que la llamemos todos –Cristo y nosotros– “Madre nuestra”, con una filiación de la que Cristo quiso que participásemos. Don Álvaro da una gran importancia a este hecho, que “descubrió” con especial nitidez ya casi al final de 1983. Salvador Bernal nos transmite así una confidencia de don Álvaro a este respecto: “Cuando me refería a la Virgen santísima, pensaba que es la Madre de Jesús y la Madre de todos nosotros. Pero me he dado cuenta de que hablando con Jesucristo *a quattro occhi*, como dicen en Italia –a solas Él y yo–, puedo decir: Jesús, *nuestra* Madre... Porque es Madre de los dos: suya y mía”¹².

En forma análoga a como el espíritu filial con que nos relacionamos con Dios forma parte esencial de la vida cristiana cuyo hecho fundamental consiste en que hemos sido constituidos hijos de Dios en Cristo por el Espíritu Santo, así también la piedad mariana –la filial unión con santa María– es una dimensión esencial de la vida del discípulo de Cristo. Nuestra identificación con Cristo, que nos hace participar de su *Abbá* a Dios Padre, nos hace participar también de su ternura filial a santa María, de la relación filial a Ella. La sencillez con que don Álvaro confiaba su personal “descubrimiento” de la verdad contenida en la expresión “*nuestra* Madre” al hablar con Jesucristo, está acompañada por una convicción profunda, rica en consecuencias teológicas y espirituales, que reafirman el pensamiento de que la relación con santa María es una “dimensión esencial de la vida cristiana”.

12. S. BERNAL, *Recuerdo de Álvaro del Portillo*, op. cit., p. 270.



Rezando ante la Virgen de Luján en Argentina. Acompañan a san Josemaría, don Javier Echevarría –actual prelado del Opus Dei– y don Álvaro del Portillo, 12 de junio de 1974. (Foto Alfa. Archivo Torreciudad).

Tener por madre a santa María forma parte también de esa rica realidad teológica que nos hace llamar *alter Christus* a los cristianos. He aquí cómo lo expresa don Álvaro, teniendo como horizonte la nueva evangelización a que estamos todos convocados: “La identificación con Cristo tiene esta dimensión fundamental. Ser *alter Christus, ipse Christus* lleva consigo necesariamente ser hijos de santa María. Y, del mismo modo que esa identificación con el Señor es, a la vez, *don* y *tarea*, también la filiación a la santísima Virgen es un *don*: “un don que Cristo mismo hace personalmente a cada hombre” (Juan Pablo II, Enc. *Redemptor hominis*, n. 45); y es también una *tarea*, que el evangelista condensa en pocas palabras: ‘y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa’ (Iob 19, 27)¹³.

13. Á. DEL PORTILLO, “Sacerdotes para una nueva evangelización”, op. cit., p. 998.

He aquí todo un panorama de lucha ascética por asemejarnos a Cristo: colaborar con nuestra *tarea* al *don* recibido de Cristo, de forma que se vaya haciendo cada vez más profunda nuestra relación filial con la Madre de Jesús. Las virtudes crecen *per maiorem radicationem in subjecto*, por un mayor enraizamiento, por una mayor profundización en el sujeto. Se comprende la insistencia de don Álvaro en aconsejar, como hemos visto, “meter a la Virgen en todo y para todo”, es decir, aconsejar que recibamos a la Virgen, en nuestra casa como el discípulo la recibió en su casa, de forma que Ella vaya penetrando cada vez más en todo el espacio de nuestra vida interior¹⁴.

Y es que la dimensión mariana forma parte esencial de esa realidad teológica que se contiene en la expresión *alter Christus*, pues, al ser otros Cristos, con Él y en Él participamos de su relación filial a santa María.

En el lugar que estamos citando, don Álvaro aplica esta enseñanza al caso concreto de los sacerdotes, pues está hablando de *Sacerdotes para una nueva evangelización*: “Si esto es así para todo cristiano, lo es por un nuevo título para el sacerdote, que ha sido llamado a participar de un modo nuevo en el sacerdocio de Cristo y a vivir centrado de modo particular en el sacrificio de la Cruz. Como discípulo del Señor debe entregarse filialmente a María, tratarla como Madre y aprender de Ella qué significa tener “*alma sacerdotal*”: el afán de corredimir con Cristo, la sed de almas, el espíritu de reparación; en definitiva, el deseo de adquirir los mismos sentimientos de Cristo Jesús (cfr. *Phil 2, 5*)”¹⁵.

Tanto el sacerdote como el laico han de considerarse –pues lo son– *alter Christus, ipse Christus*. La particular forma en que el sacerdote realiza el ser *alter Christus* constituye sólo un nuevo título que le urge a la unión filial con la Madre del Redentor.

Don Álvaro señala en este lugar como tres estadios o tres dimensiones de esta relación con santa María: entregarse filialmente a Ella, tratarla, aprender de Ella qué lleva consigo “tener *alma sacerdotal*”. Las razones

14. “Entregándose filialmente a María, escribe Juan Pablo II, el cristiano, como el Apóstol Juan, ‘acoge entre sus propias cosas’ a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior” (JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, cit., 45).

15. Á. DEL PORTILLO, “Sacerdotes para una nueva evangelización”, op. cit., p. 998.

teológicas en que se basan las recomendaciones de don Álvaro son universales y profundas; valen para todas las circunstancias y todo tipo de personas. Ellas llevan necesariamente a la conclusión de que la piedad mariana no puede entenderse como un añadido piadoso al conjunto de prácticas de la vida cristiana.

He aquí cómo lo concreta refiriéndose a la formación de los sacerdotes: “Alcanzar una honda devoción y un tierno amor a la Santísima Virgen ha de ser uno de los objetivos primarios de la formación sacerdotal. Existen profundas razones teológicas para afirmar que no puede considerarse como un añadido piadoso al conjunto de la formación, sino como algo que encuentra sus raíces en el “don” recibido por el sacerdote en la ordenación, y que está destinado a crecer y a desarrollarse en su vida. El Señor quiso asociar a su Madre de modo especialísimo a la tarea de la Redención; así también el sacerdote que ha recibido el poder de actuar *in persona Christi Capitis* necesita el auxilio maternal de la Virgen en su ministerio. Sin María no puede alcanzarse una existencia verdaderamente sacerdotal”¹⁶.

Nuevamente nos sale al paso la verdad de la mediación materna de María como fundamento de nuestra devoción, entrega y seguimiento. El Señor ha asociado a su Madre, en cuanto Madre, a la obra de la Redención: padeció junto a Él en la Cruz y Ella sigue actuando en los corazones y en la historia. Ella es en un sentido profundo e íntimo la Estrella de la evangelización. El sacerdote necesita de la cooperación materna de santa María para realizar con fruto su ministerio sacerdotal. La frase final del párrafo citado nos habla de la necesidad universal de este auxilio: sin María no se puede alcanzar una existencia verdaderamente cristiana, pues toda existencia cristiana, como es bien sabido, comporta una participación en el sacerdocio de Cristo, participación a la que llamamos *sacerdocio real* (cfr. 1 *Pet* 2, 9). Conviene insistir en esto: las palabras de don Álvaro están muy lejos de ser una hipérbole; la devoción a Santa María no es un añadido piadoso a la vida espiritual del cristiano, sino que constituye una dimensión de capital importancia. Y esto por razones teológicas de capital importancia.

16. Á. DEL PORTILLO, “Sacerdotes para una nueva evangelización”, op. cit., p. 999.

María y la evangelización

En casi todos sus escritos, don Álvaro tiene en un plano relevante la nueva evangelización a la que convoca Juan Pablo II. Así lo hemos podido comprobar en los textos que acabamos de citar, todos ellos insertos en su Conferencia de Clausura del XI Simposio Internacional de Teología celebrado en la Universidad de Navarra, y que lleva como título *Sacerdotes para una nueva evangelización*. También en la Carta Pastoral de 1987, que nos está sirviendo como de cañamazo para nuestras consideraciones sobre la devoción a María en los escritos de don Álvaro, el centro lo constituye la nueva evangelización.

De ahí que don Álvaro, que no es amigo de elucubraciones desconectadas de la realidad, presente sobriamente, pero con energía, los pasajes neotestamentarios que recogen la “compañía” que hace santa María a la Iglesia naciente, es decir, a los primeros evangelizadores. Santa María hará esa misma “compañía” —es la convicción que transmite aquí don Álvaro— a quienes, como stirpe suya, se embarquen confiadamente en la “nueva evangelización”.

Los Apóstoles, recuerda don Álvaro, regresaron a Jerusalén con gran gozo (cfr. *Lc* 24, 52), a pesar de sentir sobre sus hombros la tarea “sobrecogedora”, “muy superior a sus pobres fuerzas” de ser los testigos del Señor en el mundo entero. Permanecen junto a santa María, unidos en la oración. “A mí me parece lógico, comenta, que aquellos hombres, al amparo de la oración de María, fueran penetrando con más hondura en las enseñanzas del Maestro”¹⁷.

Es de gran significado teológico que la primera evangelización, en los albores de la Iglesia, fuese preparada “junto a la Madre del Señor”. Toda otra evangelización ha de seguir el mismo camino: ha de ser realizada en unión con la Madre del Señor, pues “desde entonces, la Virgen María está presente en el quehacer de la Iglesia peregrina en la tierra”. Más aún, continúa don Álvaro citando nuevamente *Redemptoris Mater* (n. 26), María “precede constantemente a la Iglesia en este camino suyo a través de la historia de la humanidad”¹⁸.

17. *Carta pastoral*, op. cit., n. 6: 68.

18. *Ibidem*.

Al llegar aquí, don Álvaro abre un poco su intimidad de pastor, apuntando hacia la razón de su serena fortaleza, de su optimismo realista, incluso de su diagnóstico de los posibles pesimismo apostólicos: “Por esto, me decido a añadirlos a cada uno, para los momentos duros: si la tarea se nos hace pesada, si el cansancio nos puede, si las pruebas nos desalientan, con toda seguridad falla el recurso a la Virgen, la certeza de que con Ella las dificultades se allanan”¹⁹. Ésta es la razón de su exigencia de pastor, que siempre nos pareció amable: don Álvaro exige, porque sabe que aquéllos a quienes pide que se lancen a “recristianizar” el mundo se encuentran, como los primeros discípulos, a la sombra de santa María, y con Ella todo se hace asequible y amable.

Estas páginas de la Carta pastoral están inmersas en una atmósfera de profundo gozo, de una firme seguridad exactamente en una de las cuestiones más dolorosas para los cristianos de nuestro tiempo: las dificultades de la evangelización. El fundamento de esta atmósfera de paz se encuentra en la piedad mariana de don Álvaro, en la convicción de que el plan divino de la salvación cuenta con la actividad de Santa María como pieza clave para la edificación del Cuerpo de Cristo. Y el Corazón de María, maternalmente inagotable, ahora, como en la primera evangelización, es fuente de fortaleza y de paz.

En apoyo de este pensamiento, don Álvaro cita *Lumen gentium* y *Redemptoris Mater*²⁰. Las palabras están elegidas con cuidado para llegar al fondo de las conciencias —y de los corazones— de quienes tienen como tarea recristianizar nuestro siglo y, ante las dificultades propias de los diversos ambientes, pueden sentir que les faltan las fuerzas: “¡Con qué gozo saboreamos la verdad de que la actividad de la Virgen, en orden a la edificación del Cuerpo Místico de Cristo, responde a un preciso designio de Dios! Es un hecho innegable que allí donde la Iglesia se implanta, por la gracia de Cristo y la correspondencia tenaz y sacrificada de los evangelizadores, allí está presente la Madre de la Iglesia, colaborando con su Hijo y con los predicadores del Evangelio en la aplicación de los frutos de la Redención.

19. *Ibidem*.

20. Cfr. Conc. Vat. II, Const. *Lumen gentium*, n. 62; JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, op. cit., n. 40.

La fe percibe el papel singular de esta Mujer en el plan de la Salvación. Como consecuencia, nace y se desarrolla el agradecimiento a santa María, y surge la planta fecunda de la devoción mariana, de la que resultan claro testimonio los templos y santuarios que, como una estela luminosa, cubren la geografía de los países en los que arraiga la fe, dando a la existencia de los cristianos una dimensión de hogar que sólo la Santísima Virgen es capaz de suscitar”²¹.

Dimensión de hogar. La maternidad de Santa María sobre la Iglesia es considerada aquí desde la “eficacia” evangelizadora. Esta “eficacia” responde al papel singular de la Madre de la Iglesia en la historia de la salvación: sólo Ella, con el ejercicio *suave* y *fuerte* de su maternidad, puede convertir la Iglesia en hogar universal de todos los tiempos y de todos los hombres. A su vez, ese oficio materno de Santa María es la razón –argumenta don Álvaro– de que la devoción mariana esté tan arraigada en el pueblo de Dios, enriqueciendo a la Iglesia con ese sentido de hogar que brota del corazón de la Madre.

Esta “eficacia materna” se hace especialmente necesaria en la actual tarea evangelizadora. De ahí estas palabras clarividentes y llenas de fe, que no necesitan de más explicaciones: “Hijas e hijos míos, considerad que es urgente –con urgencia grande– volver los ojos a la Virgen Inmaculada, exenta de todo pecado, de cuyo seno nace el Hijo de Dios hecho hombre, vencedor de todo mal, para llevar a cabo la gran tarea de la nueva y profunda evangelización que el mundo necesita. En todas las latitudes, una imponente ola de materialismo teórico o práctico amenaza con arrasar lo que nuestros predecesores en la fe, movidos por el Espíritu Santo, construyeron con tanto amor y sacrificio”²².

En este ambiente, y puesto que la Carta pastoral está dirigida, como es obvio, a los fieles del Opus Dei, don Álvaro no necesita de muchas palabras para encarecer un hecho al que tantas veces se refirió san Josemaría: la *esencial dimensión mariana* del Opus Dei. Basta traerlo a la memoria: “No me detengo en los numerosos hechos que atestiguan la intervención maternal

21. *Carta pastoral*, op. cit., n. 8: 69.

22. *Ibidem*, n. 13: 71.

de la Virgen en el camino de la Obra; los conocéis bien todos, y tantas veces los habréis agradecido a nuestra Madre: seguid haciéndolo, para obligarla más, de modo que Ella no nos deje, y nosotros no la dejemos jamás. Además, me siento urgido a recordaros que la historia del Opus Dei está trazada por las manos benditas de María Santísima: es una historia *mariana*²³.

Volver a las raíces

Junto a las llamadas a la confianza, se suceden en la Carta las exhortaciones a “mirar” a santa María. Esto equivale, dice don Álvaro citando a Juan Pablo II en su *Discurso a los obispos alemanes* de 2-V-1987, a practicar especialmente las actitudes cristianas fundamentales que encontramos en santa María y, en primer lugar su *sí* a Dios. El Año Mariano nos trae, pues, “una urgente llamada a la conversión”²⁴, es decir, un volver a las raíces de nuestra historia.

Este volver a las raíces incluye, entre otras cosas, la contemplación de los momentos claves en la vida de la Virgen. Don Álvaro se fija aquí en los tres momentos que destaca especialmente *Redemptor hominis*: Nazaret, el Calvario, el Cenáculo de Jerusalén. Se trata, por otra parte, de tres momentos a los que don Álvaro se ha referido por extenso en algunos de sus escritos. En la Carta pastoral que sirve de cañamazo a nuestras consideraciones, estas escenas de la Vida de la Virgen están contempladas en el trasfondo de la actual situación del mundo y de la llamada a una nueva evangelización.

Nazaret es considerada como el momento de un *sí* rotundo de la Virgen a Dios, como el momento en que afloran una confianza inquebrantable y una fe firme y humilde: momento que interpela a nuestras conciencias, llamándonos a una nueva conversión y a un mayor dinamismo apostólico; al considerar a la Virgen junto a la Cruz, “cuando la misión de Cristo parece consumarse en el fracaso más absoluto”, la fe, la esperanza y la caridad de Nuestra Señora nos enseñarán a luchar –don Álvaro tiene aquí en primer

23. *Ibidem*, n. 11: 70.

24. *Ibidem*, n. 16: 73.

plano la dimensión apostólica de la vocación cristiana— “contra ese conformismo que equivale a la inacción”²⁵. Finalmente, la Virgen en el Cenáculo, perseverando en oración con los Apóstoles nos debe llevar a la convicción de que “los frutos vendrán, necesariamente, si colocamos a nuestra Madre en el centro de toda labor”²⁶.

El sí de la Virgen

Al considerar la Anunciación, don Álvaro destaca el *fiat* de santa María, en sus inmediatas aplicaciones ascéticas y apostólicas. Se trata de un *fiat*, de un *sí*, de suma importancia y de gran fecundidad en la historia de la salvación: el *sí* de María está en las raíces de su maternidad sobre Cristo y sobre nosotros. Don Álvaro recuerda que, en Santa María, no hubo jamás compromiso alguno con el mal, sino neta oposición y claro enfrentamiento. La decidida entrega de Santa María a la voluntad de Dios comporta el decidido y rotundo rechazo del mal por parte de Ella y de su Estirpe.

Con un pensamiento mariano enmarcado en la historia de la salvación, don Álvaro contempla unidas la escena de la Anunciación y la visión de la mujer en el *Apocalipsis*: ambas escenas están unidas precisamente por el vigor y la fortaleza de la mujer en la lucha contra el mal, por el rotundo *sí* de María a Dios frente al *non serviam* de Satanás: Ella aplasta la cabeza de la serpiente (cfr. *Gen* 3, 15).

He aquí cómo lo expresa don Álvaro en una homilía pronunciada en 1987: “En la divina embajada de Gabriel, contemplamos especialmente la respuesta de María, llena de fe y humildad: un *sí* incondicionado que no quiere poner barreras a la omnipotencia de Dios”²⁷.

El *sí* de la Virgen es total e incondicionado, un *sí* que abre las puertas, por así decirlo, a la actuación de la omnipotencia divina, que se manifiesta ya en el misterio de la Encarnación, que se sigue manifestando a lo largo de

25. *Ibidem*, n. 19: 74.

26. *Ibidem*, n. 20: 74-75.

27. Á. DEL PORTILLO, *Lecciones de amor a la Virgen*, Homilía 25-VI-1987, en Á. DEL PORTILLO, *Una vida para Dios*, Madrid 1992, p. 249.

la historia de la salvación y que ha constituido a *la mujer* en una *señal grande* que parece en el cielo como señal de la victoria escatológica sobre el mal: “En esta batalla entre el bien y el mal, Dios nos presenta una vez más una *señal grande* en el Cielo: una mujer vestida de sol, y la luna bajo sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas (*Apc* 12, 1)”²⁸.

Este poder escatológico de santa María está inseparablemente unido a su sí rotundo e inquebrantable. De ahí que Ella esté puesta, para nosotros, como *señal grande* en la lucha entablada entre el bien y el mal: “María es la única criatura que quiere el bien perfecto, completo, del hombre. Ella es la *sin mancha* que el Cordero Inmaculado ha escogido para que le ayude en la empresa colosal de quitar el mal del mundo. A María clamamos los desterrados hijos de Eva, convertidos en ciudadanos de la Ciudad Santa, que la Corredentora gobierna como Reina”²⁹.

La fe de santa María

El *sí* de santa María procede y se fundamenta en su fe. Esta fe constituye parte esencial del equipamiento para el combate interior, dice don Álvaro con unas palabras de clara resonancia paulina (cfr *Eph* 6, 16). Fe, disponibilidad, obediencia, insiste don Álvaro, teniendo siempre por delante la historia de la salvación en la que estamos llamados a colaborar con nuestra santidad y con nuestro apostolado.

Para don Álvaro, la devoción a santa María, diríamos parafraseando un conocido texto paulino (cfr *Phil* 2, 5), implica como parte esencial e insustituible el revestirse de los mismos sentimientos y de las mismas virtudes que santa María; “embarcarse” como Ella, humildemente, confiadamente, en las grandes batallas del Señor que, como gustaba repetir san Josemaría, son batallas que llevan la paz en las entrañas.

He aquí un texto que sintetiza los pensamientos expuestos por don Álvaro a lo largo de los fecundos años de su servicio pastoral: “Pedid a María

28. Á. DEL PORTILLO, *Lecciones de amor a la Virgen*, op. cit., p. 250.

29. *Ibidem*, p. 251.

santísima que nos obtenga de su Hijo, para todos los cristianos, una renovación y un aumento de fe. Ella la poseyó de modo eminente, y a lo largo de su vida fue creciendo más y más en esta virtud que es propia de los que caminamos aún en la tierra. *Beata, quae credidit!* (*Luc I, 45*), le repetimos con las palabras de Santa Isabel, que el Santo Padre glosa profundamente en su Encíclica. ¡Bienaventurada Tú, que has creído, porque se cumplirá todo lo que se te ha anunciado de parte de Dios! Por designio divino, la fe de santa María hizo posible la Encarnación redentora. También en nosotros y a nuestro alrededor se operarán maravillas divinas, si tenemos fe y obras. *Iustus ex fide vivit* (*Rom I, 17*), el justo vive por la fe. Madre nuestra: que crezcan la fe, la esperanza y el Amor como alimento de toda nuestra vida”³⁰.

Don Álvaro está pidiendo a la Virgen con estas palabras que nos conceda la fortaleza necesaria para llevar a cabo la tarea de la nueva evangelización. Y es que la fe y la fidelidad están inseparablemente unidas; de ellas brota la fortaleza. Todas estas virtudes son imprescindibles para perseverar en la tarea de la nueva evangelización: “La segunda lección que nos imparte María es la de su fidelidad a Cristo junto a la Cruz. No hay allí ningún motivo humano de consuelo; más aún aquello es la apariencia del total fracaso de Cristo. La *Mujer*, que es verdaderamente Señora en esta prueba suprema del Gólgota, recibe de Jesús el encargo de cuidar de la Humanidad; y Juan, que nos representa a todos, la acoge como Madre. ¿Por qué realizó el Redentor un gesto tan confiado y solemne al mismo tiempo? Porque sabía que Ella era una Torre de fortaleza, una obra maestra de perfección, y que, confiándonos a sus cuidados, nos dejaba en buenas manos”³¹.

Apostolado mariano

En la Carta pastoral de mayo de 1987, don Álvaro insiste fuertemente en uno de los rasgos que deben acompañar una auténtica devoción a santa María: el apostolado mariano. Se trata de un apostolado que podríamos denominar “integral”, es decir, un apostolado capaz de suscitar en los demás

30. *Carta Pastoral*, op. cit., n. 24: 76.

31. Á. DEL PORTILLO, *Lecciones de amor a la Virgen*, op. cit., p. 249.

el amor a la Virgen, a la vez que lleva a un conocimiento serio y claro de la enseñanza cristiana sobre Ella y sobre su papel en la historia de la salvación. La doctrina, también a nivel teológico, ocupa un lugar de singular importancia en lo que don Álvaro entiende por “piedad mariana” y “apostolado mariano”.

Se unen en don Álvaro el gusto por lo concreto propio de un ingeniero y la capacidad de suscitar propósitos y determinaciones proponiendo ideales concretos, tan propia de un buen pastor. Nunca sus palabras estuvieron necesitadas de exégesis; casi siempre basta con citarlas, dada su claridad. He aquí un párrafo en el que don Álvaro muestra la importancia que da al conocimiento teológico como parte de la piedad y, en este caso, como parte de la piedad mariana. Incluso llega a proponer como estudio algunos textos que se deben conocer con profundidad y que, en la medida de lo posible, se deben dar a conocer en ese “apostolado mariano” de que habla: “Además de difundir, en el apostolado personal, el conocimiento profundo y la devoción a la Virgen entre toda clase de personas, mediante la lectura meditada de la encíclica *Redemptoris Mater*, del capítulo VIII de la Constitución dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II, y de otros documentos marianos del Magisterio pontificio, conviene promover y organizar clases, conferencias, sesiones de estudio a diversos niveles (incluidos cursos monográficos, simposios, etc., de nivel universitario), sobre los temas tratados en la encíclica *Redemptoris Mater*, para ahondar en la doctrina del Magisterio sobre el papel de santa María en el misterio de Cristo y de la Iglesia”³².

Nuevamente nos sale al paso la misma clave de lectura mariológica que hemos visto tan repetida en los escritos de don Álvaro: considerar a santa María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Esta perspectiva, a mi modesto entender, es la que da unidad a cuanto don Álvaro escribe sobre santa María, a su pensamiento mariológico.

La Carta pastoral que centra nuestra atención aduce dos rasgos más, con inmediata incidencia en lo concreto, del apostolado mariano que acompaña, como la otra cara de la moneda, a una auténtica devoción mariana: la “devoción” y la llamada a la misericordia. En efecto, no se puede decir que

32. *Carta pastoral*, op. cit., n. 25: 77.



*San Josemaría Escrivá y don Álvaro del Portillo,
ante el retablo de la ermita de Torreciudad. Mayo de 1975.
(Foto Alfa. Archivo Torreciudad).*

hay auténtica devoción a santa María, si no está acompañada por un sobrio y real cariño, y por los detalles en que ese cariño se manifiesta; tampoco se puede decir que hay auténtica devoción a santa María en un corazón carente de misericordia, pues ese corazón no estará poseído por los mismos sentimientos de santa María.

Entre los elementos propios de la “devoción” mariana, don Álvaro subraya la importancia del rezo del santo Rosario. En esta Carta pastoral sugiere rezarlo por estas intenciones, que son todo un programa para estar

abierto a las grandes cuestiones de nuestro tiempo que tan poderosamente inciden en la lucha entre el bien y el mal: “Al desgranar las cuentas de vuestro rosario, suplicad a la Reina del Mundo que derrame con más abundancia las gracias de su Hijo. Encomendadle de modo especial la santidad de la familia, tan lacerada por la plaga del divorcio, el crimen gravísimo del aborto y la difusión de una mentalidad hedonista; la limpieza de costumbres en todos los ambientes, y especialmente en los hogares cristianos; la conversión de Rusia y la libertad religiosa en tantos otros países de los cinco Continentes; la unión de católicos y ortodoxos en la única Iglesia de Cristo bajo el supremo régimen del Romano Pontífice; el acercamiento a la verdadera fe de los demás hermanos separados; la conversión de los no cristianos”³³.

Y en cuanto a la misericordia, escribe: “La Iglesia, acudiendo al Corazón de María, a la profundidad de su fe, expresada en las palabras del *Magnificat*, renueva cada vez mejor en sí la conciencia de que *no se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes* (cfr. Juan Pablo II, Litt. Enc. *Redemptoris Mater*, 2-III-1987, n. 37)”³⁴. Emerge aquí ¿cómo no? una lectura del *Magnificat* en la que se pone de relieve la alegría de la Virgen porque Yahvé es el Dios que salva; porque ese Yahvé, que destrona a los poderosos y exalta a los humildes, se ha fijado en la humildad de su esclava.

Muy marianos

La devoción a santa María nos lleva, en palabras de don Álvaro, a ser “muy marianos”. Y es que el acercamiento a la Virgen, realizado con autenticidad, conduce pronto a una profunda transformación interior, entre otras razones, porque la actuación maternal de santa María ayuda a comprender con inmediatez la paternidad de Dios, es decir, ayuda a experimentar la misericordia, a vivir la filiación divina, dimensión esencial de la vida cristiana.

33. *Ibidem*, n. 26: 77.

34. *Ibidem*, n. 30: 79.

San Josemaría insistió en este asunto con fuerza: “Porque María es Madre, su devoción nos enseña a ser hijos: a querer de verdad, sin medida; a ser sencillos, sin esas complicaciones que nacen del egoísmo de pensar sólo en nosotros; a estar alegres, sabiendo que nada puede destruir nuestra esperanza. El principio del camino que lleva a la locura del amor de Dios es un confiado amor a María santísima. Así lo escribí hace ya muchos años, en el prólogo a unos comentarios al santo rosario, y desde entonces he vuelto a comprobar muchas veces la verdad de esas palabras. No voy a hacer aquí muchos razonamientos, con el fin de glosar esa idea: os invito más bien a que hagáis la experiencia, a que lo descubráis por vosotros mismos, tratando amorosamente a María, abriéndole vuestro corazón, confiándole vuestras alegrías y vuestras penas, pidiéndole que os ayude a conocer y a seguir a Jesús”³⁵.

Estas palabras están muy presentes en todas las exhortaciones de don Álvaro a ser “muy marianos”. Y es que con santa María se aprenden las lecciones de vida cristiana que más importan: de Ella aprendemos a decir que sí y a ser fuertes; de Ella aprendemos a vivir la filiación divina y a perseverar en el esfuerzo apostólico, que son rasgos esenciales de la vida cristiana.

La piedad mariana empeña toda la vida del cristiano; no puede ser concebida, pues, como algo sectorial, sino como algo que abarca y compromete a la persona entera: no tiene otro fin que introducir en el misterio de Cristo y, en Él y por Él, introducir en el seno de la vida trinitaria. De ahí que sus rasgos se identifiquen con los rasgos de una vida cristiana consciente y reciamente vivida.

Por esta razón, la auténtica piedad mariana es una piedad tierna, pero nada sentimental. Piedad llena de doctrina –hemos visto a don Álvaro insistir en este punto–, bien fundada en la Tradición de la Iglesia, una tradición riquísima de pensamiento y de piedad. La devoción mariana lleva inmediatamente a un radical rechazo del mal, como corresponde a quienes se saben estirpe de la mujer que pisa la cabeza de la serpiente. Este rechazo implica, como en la Virgen, un compromiso firme y profundo en la lucha contra el mal. Lleva, sobre todo, a una correspondencia generosa a la gracia de Dios. Aquí encontramos la piedra de toque para distinguir la autenticidad de la devoción mariana de cualquier caricatura de esa devoción.

35. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, n. 143.

Don Álvaro dice esto mismo desde otra perspectiva: desde la “unidad de la vida”, que ha de estar fundamentada en la conciencia de nuestra filiación y que fructifica en esa unidad “sencilla y fuerte”, en palabras de san Josemaría, con que hemos de saber unir oración, apostolado y trabajo. He aquí cómo formulaba este pensamiento en una homilía pronunciada el 27-VI-1988: “Con palabras de monseñor Escrivá de Balaguer, os recuerdo que cada uno debe luchar, confiando en la ayuda divina, para llegar a tener “una unidad de vida sencilla y fuerte”, que sea plenamente coherente con la fe e implique dos consecuencias fundamentales: en primer término, practicar la fe íntegramente, sin poner entre paréntesis ningún aspecto de la doctrina o de la moral (...). En segundo lugar, es necesario vivir la fe en los momentos de nuestra vida cotidiana; en la vida familiar y social, en el trabajo, en el descanso. La fe debe iluminar todas nuestras circunstancias, para que se cumpla la exhortación del Apóstol: *ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para gloria de Dios (1 Cor 10, 31)*”³⁶.

La unidad de vida no es otra cosa que dejarse poseer por nuestra realidad teologal en todas las circunstancias de nuestra vida. Es como la otra cara de la moneda de la devoción a santa María, o, dicho de otra forma, la devoción a santa María, que abarca nuestra vida entera, al introducirnos profundamente en el Corazón de Cristo, al adentrarnos en la experiencia de la filiación divina, facilita y refuerza la unidad de vida: “Con el intento de reforzar la unidad de vida que brota del sentido de la filiación divina, dice don Álvaro en la misma homilía, me gustaría animaros a reavivar e intensificar la devoción a la Virgen. ¿Cómo? Sobre todo, recurriendo a la devoción mariana por excelencia, al rezo del Santo Rosario, durante el cual, como hacen los hijos, repetimos muchas veces palabras de afecto e invocaciones “de color y significado siempre distintos””³⁷.

Al terminar esta breve descripción del pensamiento de don Álvaro sobre la devoción a santa María, la mirada se dirige a la figura de san Josemaría, cuyo ejemplo y cuyas enseñanzas llenaron toda la vida de monseñor del Portillo. Como él, don Álvaro entiende que “crecer en vida sobrenatural es

36. Á. DEL PORTILLO, *Con María por las sendas de la fe*, Homilía 27-VI-1988, en Á. DEL PORTILLO, *Una vida para Dios*, op. cit., p. 254.

37. *Ibidem*, 255. La cita interna es: SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Santo Rosario*, ed. Rialp, Madrid 1973, 14 ed., letanías.

algo muy distinto del mero ir amontonando devociones³⁸; crecer en devoción a santa María significa comprometer la vida entera en un sí decidido y perseverante a la Voluntad de Dios, es decir, crecer en la unidad de vida³⁹.

El santuario de Torreciudad

Al concluir estas breves reflexiones sobre la devoción a santa María en los escritos de monseñor del Portillo, el recuerdo se dirige con especial insistencia a su relación con el santuario de Torreciudad.

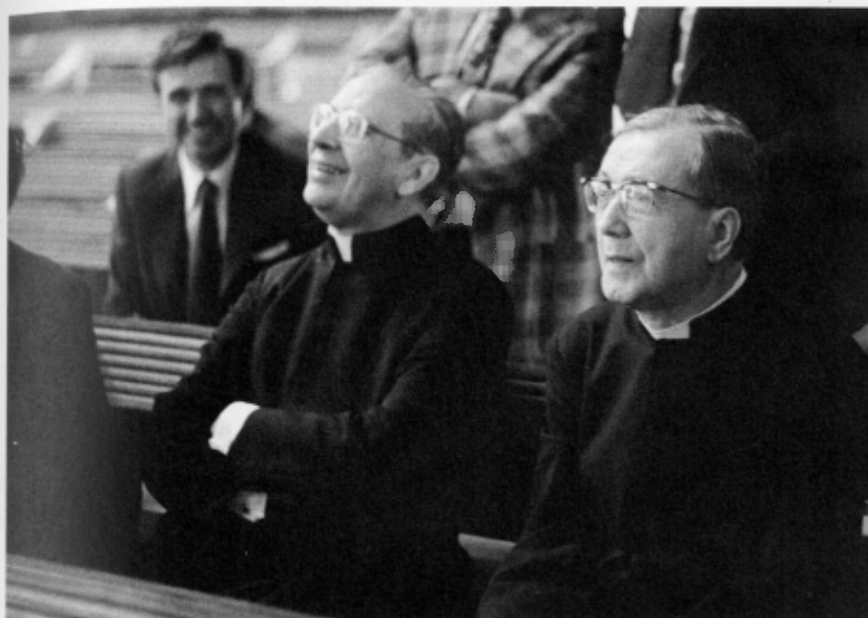
Durante la vida de san Josemaría, monseñor del Portillo había seguido muy de cerca todo lo referente al santuario de Torreciudad. Él mismo califica la construcción del santuario *en cierto modo* como la última piedra de la devoción mariana de san Josemaría⁴⁰.

Tras la marcha al cielo de san Josemaría, don Álvaro siguió ilusionadamente todo cuanto se refería al santuario de Torreciudad. He aquí cómo recoge Salvador Bernal la entrañable relación de don Álvaro con el santuario y la Virgen de Torreciudad: "Especial júbilo le producían las noticias sobre el trabajo apostólico en torno al Santuario de Torreciudad. Se conmovía cuando le contaban de personas que manifestaban en público su alegría después de confesarse

38. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 142.

39. La bibliografía existente sobre la devoción a santa María en la vida y escritos de san Josemaría Escrivá de Balaguer es muy abundante. Entre otros escritos, se pueden consultar los siguientes: J. ECHEVARRÍA, "La devozione mariana di mons. Escrivá: un 'eredità inestinguibile", *Studi Cattolici*, 22 (1978), pp. 601-607; J. M. ESCARTÍN, "Devoción y amor a María en *Camino*", en J. MORALES (ed.), *Estudios sobre "Camino"*, Madrid 1989, pp. 319-337; F. DELCLAUX, *Santa María en los escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1993; J. BURGGRAF, "Frei sein wie Maria. Ein Weg für den Christen nach dem seligen Josemaría Escrivá de Balaguer", en PAMI (ed.) *De cultu mariano saeculo XX a Concilio Vaticano II usque ad nostros dies*, vol. IV, Ciudad del Vaticano 1999, pp. 409-428; J. VILAR, "Verehrung der Mutter Gottes im Leben des Gründers des Opus Dei, des seligen Josefmaría Escrivá", *Mariologisches Jahrbuch*, 13 (1991), pp. 80-94; A. ARANDA, "María, Hija predilecta del Padre, en la enseñanza del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer", *Estudios Marianos*, 66 (2000), pp. 313-342; J. A. RIESTRA, "La maternità spirituale di Maria nell'esperienza mariana di San Josemaría Escrivá", *Annales Theologici*, 16 (2002), pp. 473-489.

40. Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid 1992, p. 169. Sobre san Josemaría Escrivá de Balaguer y el santuario de Torreciudad, cfr. M. GARRIDO GONZÁLEZ, *Barbastro y el Beato Josemaría Escrivá*, Barbastro 1995; J. ORLANDIS, "El Fundador del Opus Dei y Nuestra Señora de Torreciudad", *Nuestra Señora de Torreciudad. IX centenario*, Patronato de Torreciudad, Torreciudad 1986, pp. 107-119; Idem, "El Fundador del Opus Dei y Nuestra Señora de Torreciudad", *Torreciudad*, Patronato de Torreciudad, Madrid 2003, 3ª edic., actualizada y ampliada, pp. 53-66; M. IBARRA, M. GARRIDO, *San Josemaría Escrivá y el Santuario de Torreciudad*, Patronato de Torreciudad 2003.



*San Josemaría Escrivá y don Álvaro del Portillo contemplando el retablo de Torreciudad.
23 de mayo de 1975. (Foto Alfa. Archivo Torreciudad).*

allí, tras años sin acercarse al sacramento de la Penitencia. Esa emoción fue muy intensa —entre las ocasiones que observé en persona— alrededor del 1º de septiembre de 1991. Al atardecer de uno de esos días, se acercó a rezar el rosario a la antigua ermita. Elevó luego su oración a la Virgen, y dio gracias al Fundador por tantas cosas buenas como había conseguido desde el Cielo para la Obra; le agradeció también su fidelidad, y su sentido de la gratitud, que había hecho posible Torreciudad y las maravillas que se contemplaban ahora en torno al santuario; y pidió a la Señora por la Iglesia, por el papa y sus colaboradores, por la Obra y la fidelidad de sus miembros⁴¹.

Estamos seguros de que el siervo de Dios prosigue ahora en el cielo esa misma oración a la Señora por todos nosotros.

Lucas F. MATEO-SECO

Facultad de Teología

Universidad de Navarra

Director de *Scripta de Maria*

41. S. BERNAL, *Recuerdo de Álvaro del Portillo*, op. cit., p. 272.